

Es la realidad, no pesimismo ideológico

Días atrás, el Presidente Boric atribuyó la baja inversión nacional al pesimismo ideológico de los empresarios nacionales. Estos tendrían una suerte de sesgo negativo hacia el gobierno, consecuencia de un desacuerdo entre sus respectivas visiones sobre el orden sociopolítico. Sin desmedro de que estas puedan ser, en general, divergentes, la cuestión de fondo parece ser bastante más pragmática. Los empresarios suelen ser personas prácticas, que analizan el comportamiento esperable de múltiples factores para adoptar decisiones, en especial aquellas que determinan dónde, cuándo y en qué resultaría mejor invertir capital con horizontes de mediano y largo plazo. La rentabilidad del capital y el grado de seguridad asociado a los proyectos son variables determinantes al momento de analizar qué alternativas elegir, sin negar la existencia de otras.

Atendiendo a los criterios económicos y sociales básicos que son utilizados para decidir dónde asignar recursos a nuevas iniciativas de negocios, las razones que explican la caída de la inversión local resultan evidentes. Chile se encuentra muy lejos de ser la próspera y atractiva economía que fue hasta la primera década del presente siglo. Entretanto se han aumentado los impuestos, eliminado incentivos a la inversión, incrementado las regulaciones, se ha rigidizado la ley laboral, generado una auténtica crisis con las demoras en las obras debido a la denominada "permisología", y otras medidas que han empujado en similar dirección. En su conjunto, el efecto ha sido diáfaramente negativo, hecho que queda reflejado en la expectativa de crecimiento tendencial de la economía nacional, la que no alcanza siquiera a 2% anual. En síntesis, un crecimiento del producto magro que, en el mejor de los casos, la mantendrá virtualmente estancada durante los próximos 10 años.

Lo señalado no es todo. El contexto sociopolítico del país se ha deteriorado enormemente durante el mismo periodo, generando incerteza y aumentando el riesgo de adjudicar medios a nuevas propuestas. La institucionalidad se ha debilitado ostensiblemente, la criminalidad y el narcotráfico incrementado en forma significativa, aumentado la corrupción, decaído el sentido de la autoridad, desplegado una inmigración descontrolada, etc. Al tiempo que se ha dejado de avanzar a buen tranco -y hasta retrocedido- en la solución de los grandes problemas que aquejan a la población (educación, salud, previsión y más). Si todo esto no bastase, el foco de atención de la opinión pública ha terminado por centrarse en las noticias policiales, la corrupción en las altas esferas y los escándalos (sino delitos) sexuales de importantes personeros.

Si se desea revertir la senda actual, urge enderezar el rumbo que Chile ha venido siguiendo. Ello requiere de diversos esfuerzos, conscientes y mancomunados; muy especialmente, obliga a realizar un marcado giro en la conducción de sus destinos, esto es, en la forma de hacer política.

SAE: el trauma de la ventanilla

Magdalena Vergara
Directora de Estudios IdeaPaís



El SAE no es una tómbola. Pero los padres lo viven así, y eso genera una profunda sensación de injusticia. En parte, por la complejidad propia del sistema: un algoritmo que asigna vacantes, conforme a ciertos criterios de priorización. Un sistema que busca ser transparente, pero que para los padres es absolutamente oscuro.

Un sistema que se parece mucho a esa sensación de estar tras una ventanilla, y que la persona -o grabadora-, sólo repite procesos y no es capaz de comprender la situación particular de quién llama. Así las explicaciones de por qué su hija con promedio 7 no quedó en el colegio que quería, o sus dos hijos quedaron en escuelas distintas, no dista mucho de la experiencia de preguntar las razones del alza del plan de Isapre.

Y es que el complejo modelo del SAE olvidó que la educación se trata sobre todo de relaciones humanas, difícilmente reemplazable por algoritmos ciegos, por muy sofisticados que estos sean. Este olvido se percibe desde la experiencia de postulación, hasta los criterios que el SAE considera que valen la pena mirar para la asignación de los estudiantes, subestimando las propias razones de los padres para elegir una escuela, y aquellos aspectos más profundos de lo que constituye la educación.

Sin duda, subestimar la relevancia del proyecto educativo, la visión de educación, la religión, los valores que los padres buscan inculcar en sus hijos, tiene que ver con la mirada que tenemos de lo que significa educar, y que su complejidad no puede quedar reducida a marcar preferencias en una plataforma. El SAE obvió por completo cómo todos estos aspectos eran fundamentales para la construcción de una comunidad educativa cohesionada, con un propósito común. Los problemas de convivencia que hoy vivimos son, en parte, consecuencia de este olvido.

Lamentablemente, esta mirada reducida de la educación, sumado a la desconfianza absoluta hacia las escuelas, llevó a hacer sinónimos la arbitrariedad con cualquier tipo de selección, incluso por muy objetivos que puedan ser los criterios utilizados. El gobierno, y en general la izquierda, han menospreciado lo que significa esto para los padres y para las escuelas. Se desvelan buscando generar más protocolos para mejorar la convivencia, sin embargo, no comprenden que un aspecto central es tener una mirada común.

Hoy existe una oportunidad de mejorar estos aspectos. La discusión del presupuesto para el 2025, llevó a poner como condición una mejora del SAE, la cual sólo tiene sentido si buscamos la manera de humanizar el proceso y volver a poner sobre la mesa, la relevancia de los proyectos educativos, incorporando la posibilidad de las escuelas de poder seleccionar a las familias que ingresan en torno a su adhesión a los mismos. No se trata de desregular ni permitir la selección arbitraria: es incorporar el proyecto educativo como variable, y dentro de éste el mérito, y fomentar la creación de verdaderas comunidades educativas que compartan un propósito común. El gobierno por su parte tiene un deber que no ha cumplido: generar proyectos educativos atractivos para las familias. Así el SAE podrá responder a su objetivo.

Es la realidad, no pesimismo ideológico

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial
ESE Business School, U. de los Andes



Días atrás, el Presidente Boric atribuyó la baja inversión nacional al pesimismo ideológico de los empresarios nacionales. Estos tendrían una suerte de sesgo negativo hacia el gobierno, consecuencia de un desacuerdo entre sus respectivas visiones sobre el orden sociopolítico. Sin desmedo de que estas puedan ser, en general, divergentes, la cuestión de fondo parece ser bastante más pragmática. Los empresarios suelen ser personas prácticas, que analizan el comportamiento esperable de múltiples factores para adoptar decisiones, en especial aquellas que determinan dónde, cuándo y en qué resultaría mejor invertir capital con horizontes de mediano y largo plazo. La rentabilidad del capital y el grado de seguridad asociado a los proyectos son variables determinantes al momento de analizar qué alternativas elegir, sin negar la existencia de otras.

Atendiendo a los criterios económicos y sociales básicos que son utilizados para decidir dónde asignar recursos a nuevas iniciativas de negocios, las razones que explican la caída de la inversión local resultan evidentes. Chile se encuentra muy lejos de ser la próspera y atractiva economía que fue hasta la primera década del presente siglo. Entretanto se han aumentado los impuestos, eliminado incentivos a la inversión, incrementado las regulaciones, se ha rigidizado la ley laboral, generado una auténtica crisis con las demoras en las obras debido a la denominada "permisología", y otras medidas que han empujado en similar dirección. En su conjunto, el efecto ha sido diáfamanamente negativo, hecho que queda reflejado en la expectativa de crecimiento tendencial de la economía nacional, la que no alcanza siquiera a 2% anual. En síntesis, un crecimiento del producto magro que, en el mejor de los casos, la mantendrá virtualmente estancada durante los próximos 10 años.

Lo señalado no es todo. El contexto sociopolítico del país se ha deteriorado enormemente durante el mismo periodo, generando incerteza y aumentando el riesgo de adjudicar medios a nuevas propuestas. La institucionalidad se ha debilitado ostensiblemente, la criminalidad y el narcotráfico incrementado en forma significativa, aumentado la corrupción, decaído el sentido de la autoridad, desplazado una inmigración descontrolada, etc. Al tiempo que se ha dejado de avanzar a buen tranco -y hasta retrocedido- en la solución de los grandes problemas que aquejan a la población (educación, salud, previsión y más). Si todo esto no bastase, el foco de atención de la opinión pública ha terminado por centrarse en las noticias policiales, la corrupción en las altas esferas y los escándalos (sino delitos) sexuales de importantes personeros.

Si se desea revertir la senda actual, urge enderezar el rumbo que Chile ha venido siguiendo. Ello requiere de diversos esfuerzos, conscientes y mancomunados; muy especialmente, obliga a realizar un marcado giro en la conducción de sus destinos, esto es, en la forma de hacer política.

LT latercera.com

Declaración de intereses en www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores en sucursal virtual: <http://sucursavirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido de cobertura del diario a lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacios a:

Email: correo@la.tercera.com
Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los textos y ajustarlos conforme a sus estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin descalificaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

De lo malo, poco; de lo bueno, nada

Javier Sajuria
Profesor de
Ciencia Política
Queen Mary University



La última arremetida de un grupo de senadores, con aparente apoyo del gobierno, por reformar el sistema político carece de un diagnóstico certero y no va en la dirección correcta. Esto se debe a una combinación de malos incentivos políticos y una persistente reticencia a escuchar la evidencia. Bajo el *slogan* de que hay que hacer algo a toda costa, puede que terminemos con un proyecto insuficiente, obscuro y con baja legitimidad.

El principal problema de esta propuesta, y de las anteriores que se han tratado de promover este

año, es que parten desde la premisa de que los actores políticos necesitan hacer algo urgente. Gobierno y oposición necesitan mostrar que algo hicieron en este tema antes de las elecciones y es tanta esa urgencia, que están disponibles a sacar lo que sea. No importa mucho si es lo correcto o lo necesario; "lo perfecto es enemigo de lo bueno" es lo que promueven. Yo más bien creo que lo "apurado es enemigo de lo deseable".

El proyecto busca hacerse cargo de la menuda fragmentación política, eliminando por secretaría a un número de partidos más chicos, pero sin revisar las razones de por qué está fragmentado el sistema.

La propuesta incluye un umbral del 5% para poder integrar la Cámara de Diputados, lo que afectaría a un número importante de partidos actuales, muchos de ellos generados a partir de quiebras después de elecciones. En países donde existen los umbrales, los votos de esos partidos suelen perderse, mientras que la propuesta chilena los mantiene dentro del pacto, favoreciendo directamente a partidos que no fueron elegidos por los votantes. El sistema electoral chileno es innecesariamente poco transparente en la asignación de escaños, esta propuesta lo hace aún más obscuro. Si a eso le sumamos el riesgo que tiene de reducir representación regional, es difícil defender que vaya

por la dirección correcta.

Otra reforma importante es la pérdida del escaño de quienes renuncian a la militancia durante sus períodos legislativos. Sin medidas que permitan mejorar la disciplina interna de los partidos y fomenten su coherencia y democracia, esto corre el riesgo de ser letra muerta. Ya tenemos suficientes casos de parlamentarios que actúan de forma independiente a sus partidos; esta norma simplemente los va a obligar a quedarse adentro, pero sin mayores restricciones. Tampoco ayuda a los gobiernos a negociar reformas, ya que deberán seguir pirquinando votos uno a uno. De nuevo, es difícil comprender cómo esto va en la dirección correcta.

Varios académicos, de distintas tendencias políticas, hemos identificado que el sistema es excesivamente personalista y que fomenta partidos débiles. Este diagnóstico parece no gustar entre los partidos y sus centros de pensamiento afines. Y dado que esta reforma es lo más parecido a una autorregulación, se nos ha hecho difícil defender la idea de que la evidencia importa más que la conveniencia. Más que en la dirección correcta, esta reforma va en la dirección conveniente para quienes buscan mantener un sistema poco representativo y para quienes buscan dar la impresión de que se están haciendo cargo del tema, pero sin hacerlo.